

para, en el Presviterio; y es el único Jesuita, que en ella hay enterrado, porque otros que han muerto, se han enterrado en la Iglesia de S. Diego.

Más copioso hubiera yo escrito este elogio, si no se estuviera trabajando una carta de edificación de el mismo P., con mas cuidado, para darla á la imprenta: pero no he querido omitir en este lugar estas breves noticias del P. Pedro, por no faltar á la obligacion, que en mí juzgo muy debida á dicho Padre, por la estrecha comunicacion, que observamos desde que nos tratamos, y porque así lo mereció su exemplar vida, y su dichosa muerte en el Señor.

1762.—30 de Setiembre.

Salen 3.^o vez los misioneros de Guanajuato, y predicán durante este cuatrimestre en Cuitzeo Pénjamo, Numarán, La Piedad, Yurécuaro y Tanhuato.

1762.

Invade toda la Nueva España otra espantosa epidemia de matlazahuatl, que hace en Guanajuato terribles estragos.

El Sr. D. Juan de Dios Fernandez de Suosa, primer Párroco de la misma Ciudad, en su "Carta consolatoria" ya otras veces citada, se expresa en los siguientes términos, hablando de esta pública calamidad.

"Para explicar la fuerza con que embistió la epidemia á este mi partido, basta decir, que aun con la providencia de tener yo nueve Ministros expeditos, sin el que reside en el monte de S. Nicolás, y el que está en la Mina de Serena: y con el auxilio de los RR. PP. Descalzos del Convento de S. Pedro de Alcántara: de los Religiosos del Hospicio de la Merced, y de los Clérigos Capellanes de varias Iglesias, no se podia dar abasto á la muchedumbre de enfermos, que necesitaban

del socorro de los Santos Sacramentos por su peligro. Hice por mera curiosidad el cómputo de las confesiones, que entre tantos operarios diariamente se hacian, y pasaba su número de quatrocientas, y de doscientos el de los Viáticos, que se administraban: siendo el de los muertos ya treinta, ya treinta y cinco, ya de cuarenta, y más cada dia: los que juntos abordaron á tres mil. Y aunque en esta general plaga todos los Confesores que avia en la Comarca, trabajaron gloriosamente, con todo, el P. Coromina, capitaneando á los demás Padres de su Colegio, pudo decir con el Apóstol: *Plus omnibus laboravi*: que sin reparar en el riesgo de su vida se sacrificaba con sus Súbditos al espiritual subsidio de sus Próximos. Con efecto, el angelical P. Pedro Borrote murió en la demanda, herido del comun contagio, y el P. Rector con otros dos Padres, aviendo contraído la maligna fiebre que corria, del comercio con los caídos, llegaron á tocar las puertas de la muerte todos tres, gozosos de ofrecerse á Dios víctimas en las aras de su charidad.

Los primeros que sintieron el azote divino fueron los niños: quienes, desde los fines del año sesenta y uno, comenzaron á ser invadidos de las viruelas, siendo poquísimos los que salieron libres de su furor, y aunque este accidente por lo comun no trahe especial peligro; empero la ruina que hizo en la Comarca fué mucha, así por el descuido, como por la pobreza de sus Vecinos, que ni alcanzaba modo de abrigar sus enfermos, ni tenían con que costear las medicinas necessarias para curarlos. No podré decir á punto fixo cuantos fueron los párvulos que passaron al Cielo de este contagio, pero puede colegirse de lo populoso que es la feligresía, compuesta por la mayor parte de miserable plebe. A este tiempo, quando estaba mas embravecida esta epidemia, comenzamos á tener lastimosas noticias de mayores estragos en la Capital de México, y sus contornos por otro contagio, que los abrazaba, repeticion de

aquel que el año setecientos treinta y siete affligió á todo el Reyno, y los Naturales en su Mexicano Idioma arbitrariamente llamaron *Matlazahual*. Los syntomas en que prorrumplía el accidente eran mysteriosos, porque eran hemorrágias por los varios conductos del cuerpo: á que se seguia la crisis ó de muerte ó de vida: por que la efusion de saugre, que para unos era el último esfuerzo de la naturaleza vencida, para otros era triumpho del interior enemigo, que arrojado fuera, dexaba de insultar contra el cuerpo. Azorada esta Ciudad con tan funestas voces, para desarmar á la Justicia del Cielo, que la amenazaba con semejante castigo, apeló con sus plegarias al Tribunal de las Misericordias. Hizo sus Novenarios, siendo el principal el de Ntra. Sra. de Guanajuato, en que los Padres de la Compañía predicaron elocuentes Sermones exhortativos á penitencia. Salió de su Gabinete esta Sagrada Imágen en devota procesion por las calles, formada de numeroso pueblo, que esperaba por interposicion de la gran Señora su seguridad en la temida borrazca, que ya á toda prisa se iba acercando á Guanajuato.

Entró por ultimo á la Ciudad el contagio con tanta furia, que desde sus principios fueron tantos los enfermos, que para ministrarles el Santo Sacramento fué necesario dar extraordinarias providencias. Mui de mañana, assi en el Curato, como en el Colegio, ya esperaba multitud de hombres, que á gritos pedian Confesores para sus enfermos. Salian estos con treinta, ó al menos con veinte guias para varios parajes: á las que se agregaban otras, que en el intermedio camino ocurrían con la misma demanda. A todos satisfacía el zelo de los Padres, no volviendo á Casa hasta la una del dia, y á la tarde hasta mui entrada la noche, por no dejar desconsolado alguno de los que avian llamado Padre, que los confessara. Para acudir mas prontamente á tantos llamamientos, el medio que se tomó fué que (executándolo treinta, ó cuarenta guias, que venian de los cer-

ros, y cañadas distantes) el Padre las remitía á la Iglesia de Ntra. Sra. extramuros de la Ciudad, para que allí le aguardassen: montaba á caballo, y para que de una vez lograssen los dolientes todos los auxilios de la Sta. Iglesia, llebando consigo la ampolla de Santo Oleo, sacaba del Sagrario quarenta ó mas formas. Y assi aviendo confessado al enfermo, le administraba tanto el Viático, como la Extrema Uncion: teniendo yo el consuelo de que á todos, Indios, Operarios de minas, y demas gente desvalida, se les socorriesse en tan peligroso estado con todos los Sacramentos. Todos los Padres de este colegio observaron el mismo método, teniendo para la menos incómoda asistencia de tantos enfermos, cinco caballos prevenidos: con los que se ganaba tiempo para el mas pronto expediente del ministerio. Ni era menor la necesidad corporal que padecian los enfermos sin tener en sus chozas abrigo, ni alimentos, ni medicinas. Su recurso era el Hospital de Betlhen: pero aviéndose llenado su buque, no eran pocos los enfermos, que se quedaban sin lugar. Lo que considerado por los Señores Capitulares, se hizo junta en las Casas de su Ayuntamiento, á su citacion, de los Prelados Religiosos, Mineros ricos, y Personas principales, para arbitrar medios con que ocurrir á necesidad tan extrema, en que obliga baxo de culpa grave el precepto de la charidad. De este Cabildo salió, que se ampliase el Hospital de Betlhen, con dos capaces salones; lo que prontamente se executó: y que para las mugeres se sollicitasse casa suficiente en que recogerlas. Decirlo, y hacerlo todo fué uno: y para la manutencion en un todo de ambos albergues se ofreció la generosa piedad Guanajuatense á concurrir con semanarias limosnas el tiempo todo que durasse el aprieto, prometiendo cada uno el tanto que podia soportar su hacienda. La limosna que se hizo mas laudable fué la que por su parte propuso el P. Rector Coromina, y por la de su Colegio: ésta se reduxo á decir, que todos los Padres estaban de-

terminados á mantenerse con solo el puchero, que vulgarmente llaman olla, cediendo á los Hospitales el importe de un ante, y postre, que ministra la Religion á sus Alumnos diariamente en el Refitorio; que viene á ser la mitad de la comida: á que se añaden las frezadas, zaleas, y otras limosnas, que en abundancia repartian el P. Rector, y sus Súbditos por todas partes: obra verdaderamente de una eximia charidad, qual era quitarse el vocado de la voca para beneficiar al necesitado en su extremo peligro.

1763.—1^o de Febrero.

Salen 4^o vez los misioneros de Guanajuato, llevando consigo al Padre Miguel Ortiz, que habia substituido pocos dias antes al V. Pedro Borrote; y misionan en la hacienda de Barras, Irapuato, Parangueo, Valle de Santiago y Salamanca.

1763.—22 de Junio.

Este dia, miércoles, á las once y tres cuartos de la noche, espira el V. siervo de Dios y Apóstol de Guanajuato, P. Rector Ignacio Rafael de Coromina.

Ya en lugar oportuno hemos dado una idea del nacimiento y de los primeros años de este hombre extraordinario; ahora conviene decir algo acerca de los eminentes servicios que prestó á Guanajuato, desde el 28 de Marzo de 1757, en que tomó posesion del rectorado del célebre colegio de esta ciudad.

Su llegada fué un verdadero acontecimiento: ricos y pobres, eclesiásticos y seculares lo recibieron con las mayores demostraciones de afecto, de regocijo y de respeto, y él correspondió consagrándose desde luego, sin omitir fatigas ni desvelos, á procurar empeñosamente el bien espiritual de toda la poblacion.

Las plazas y las calles, los barrios y las montañas, e-